

ECUADOR **Debate**

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira, Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga, Fredy Rivera, Jaime Borja Torres, Marco Romero.

DIRECTOR

Francisco Rhon Dávila
Director Ejecutivo CAAP

EDITOR

Juan Carlos Ribadeneira

ECUADOR DEBATE

Es una publicación periódica del Centro Andino de Acción Popular CAAP, que aparece tres veces al año. La información que se publica es canalizada por los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones y comentarios expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US \$ 18

ECUADOR: S/. 5.200

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US \$ 6

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR S/. 1.800

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-00173-B Quito, Ecuador
Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.
Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.



ECUADOR DEBATE

Quito, Ecuador, abril de 1992

EDITORIAL 3-5

COYUNTURA

✓ Felipe Burbano

LO QUE NOS MUESTRA LA CAMPAÑA ELECTORAL/7-11

✓ TEMA CENTRAL

PRIVATIZACIONES/13

✓ Alberto Acosta

RIESGOS Y ALCANCES DE UNA NOVELERIA/15-34

Gonzalo Maldonado

ESTADO Y EMPRESAS ESTATALES: EL FENOMENO DEL PASAJERO

CLANDESTINO/35-50

✓ Jorge Gallardo

LAS PRIVATIZACIONES DE LAS EMPRESAS PUBLICAS/51-56

Francisco Rosales Ramos

PRIVATIZACIONES/57-62

Wolfgang Schmidt

PRIVATIZACION O DESCENTRALIZACION SOCIAL/63-69

Maritza Valderrama

LA EDUCACION Y LA PRIVATIZACION/71-78

LIBROS 79-81

ANALISIS

Agustín Cueva

AMERICA LATINA: EL NEOLIBERALISMO SIN ROSTRO HUMANO/83-89

Daniel Gutierrez Cueva

EL MONOLOGO DEL DESARROLLO ACERCA DE LA POBREZA/91-107

DEBATE AGRARIO

Jaime Borja Torres

LA EMPRESA LECHERA DE LA SIERRA NORTE/109-131

CRITICA BIBLIOGRAFICA

José Sanchez Parga

UN DEBATE POR DEBATIR: LA MODERNIDAD/133-138

EL MONOLOGO DEL DESARROLLO ACERCA DE LA POBREZA

Daniel Gutierrez Vera

"el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse". Michel Foucault: El orden del discurso.

LA PROSA DEL MUNDO 1

El lenguaje no es un simple medio de expresión del mundo exterior. Por el contrario, su rol en la creación de "reali-

dades humanas" es eminentemente activo, como lo destacan numerosas reflexiones de nuestros días, que subrayan su naturaleza no refleja respecto a las determinaciones materiales en que se de-

1 Este título es parte de la deuda que tiene el presente ensayo con el pensamiento de Michel Foucault: está tomado del Capítulo II de su libro *Las palabras y las cosas*. Didier Eribon, biógrafo del desaparecido filósofo francés, señala que la misma denominación distinguió a ciertos manuscritos de Maurice Merleau-Ponty encontrados después de su muerte. Ver, ERIBON, Didier: *Michel Foucault*, Flammarion, París, 1991. Cap.5.

senvuelven las prácticas de los grupos humanos.

La consideración del universo social e individual como indefectiblemente mediatizado por los términos que lo nombran, por los conceptos que le prestan contorno, ha sido una de las consecuencias de esta manera de entender las relaciones del lenguaje con el mundo objetivo. Se comprende entonces el lenguaje como la realidad de los seres humanos y ya no su mera traducción, sobre todo en la medida en que toda realidad está investida de sentido, es el espacio simbólico en que se desenvuelve la acción de los individuos y de la sociedad.

Más que un dato empírico, para el sujeto, la realidad es una construcción hecha con los elementos del lenguaje articulado y por lo tanto, es siempre relativa a los códigos lingüísticos en que se fragua. Es por ello que L. Wittgenstein pudo afirmar en el *Tractatus* (1922) que "los límites de mi lengua son los límites de mi mundo".

Sobre estas renovadas bases teóricas se postula la condición objetiva del mundo y las prácticas sociales, como dependientes de los conceptos con que dicha objetividad se construye, lo que deroga aquella epistemología elemental que planteaba cosas "en sí", exteriores a su representación de lenguaje. Esto es muy importante para la indagación de las ciencias sociales, pues acaba con el supuesto de que los objetos de su reflexión tienen existencia factual por sí mismos, con in-

dependencia de las categorías de la lengua en que se configuran.

No es que se pretenda negar la existencia material de lo que por parte del Psicoanálisis de Jacques Lacan ha sido denominado el Real, solo que éste resulta ser un agujero imposible de aprehender, a menos que el lenguaje lo estructure y lo haga susceptible de ser pensado e incluso percibido.

Estudios clásicos de Antropología y Lingüística, como los de Sapir y Whorf, señalaron ya desde los años 20 la profunda determinación ejercida por el código lingüístico sobre las representaciones del entorno natural y social de los grupos, con sus recortes peculiares de espacio y tiempo. La lengua hablada por cada sociedad establece ordenamientos en el mundo exterior que no son necesariamente equivalentes de un grupo a otro. Tampoco el mundo de la experiencia es el mismo entre sociedades de diferente lengua y cultura, como se ha podido establecer incluso mediante rigurosas pruebas de laboratorio.

Pero esto que es válido al comparar sociedades entre sí, lo es también cuando se consideran los códigos que prevalecen en subconjuntos sociales diferenciados que conviven al interior de ciertas fronteras.

Si contrastamos las formulaciones de los "especialistas del desarrollo" con las elaboraciones discursivas de los llamados "marginales", "pobres" o "subdesarrolla-

dos", a propósito de la experiencia de vida y la situación social de estos últimos, encontraremos que la "realidad" que ambos construyen no es la misma, puesto que no son signos compartidos los que los identifican.

Sin embargo, es indiscutible que la argumentación tecnócrata del desarrollo ha logrado imponer sus propias disposiciones a discursos alternativos, legítimamente válidos, que se articulan desde la posición del "otro", a quien el desarrollo ha semantizado pasivamente como "beneficiario", "población objetivo", "grupo de impacto" o "pobre", a secas.

Eregido en canon interpretativo, el discurso del desarrollo ha logrado colocarse en posición hegemónica frente a otros actos discursivos que intentarían dar cuenta del mismo objeto, aunque situándose en un punto de vista diferente. Pero al contrario de lo que podría sostener cualquier versión idílica, esta hegemonía no significa el "triunfo de la razón" sobre las "representaciones falsas" de la "opinión" no especializada. No es tampoco la moral instrumentalista de la eficacia la que lo sustenta. Su estatuto imperial se talla en la matriz política que sirve de terreno a sus actos de enunciación, en la que concurren dispositivos

institucionales, coactivos y rituales, que salvaguardan y reproducen dicho estatuto 2.

Sin embargo, ningún marco mental, ningún poder, se arraiga solo porque se imponga a la fuerza. Un discurso no se torna hegemónico únicamente por lo que conlleva de negación de los otros discursos a los que somete. Para sus fines de universalidad es más decisivo el hecho de que logre operar como un sistema de interpretación interiorizado en los sujetos, en lugar de plantearse como un esquema coercitivo y externo de comprensión; al hacerlo, se insta en un solo movimiento como un código que institucionaliza nexos de poder mediante relaciones simbólico-discursivas, lo cual hace posible la interacción regulada de quienes son constituidos por tal discurso, al fijar sus lugares respectivos en el entramado social del poder. Es lo propio del lenguaje, que configura en su red significante a los objetos de los que se habla, como cautiva en su trama a los sujetos que hablan.

El presente artículo aborda la enunciación del desarrollo como una práctica social (significante) entre otras. Que el habla sea una práctica, una acción con consecuencias sobre el mundo simbólico, social o físico, es una idea admitida desde

2 Gilles Deleuze define un "dispositivo" como una "máquina" (un artefacto) "para hacer ver y para hacer hablar". DELEUZE, Gilles: "¿Qué es un dispositivo?", in VV.AA: Michel Foucault, filósofo. Gedisa, Barcelona, 1990. P. 155.

J. L. Austin y reafirmada en nuestros tiempos por su discípulo John Searle 3; no es entonces indispensable, para lo fines de la reflexión que aquí se pretende desplegar, retomar la polémica escolástica sobre si primero fue la acción o si el lenguaje. Por mi parte, prefiero considerar "totales" las prácticas humanas, por cuanto vinculan indisociablemente símbolo y acción.

Ubicados en esta perspectiva, preguntémosnos entonces lo que pueden significar los conceptos en que toma cuerpo el discurso del desarrollo 4, en tanto acontecimiento singular, precipitado focal, del paradigma contemporáneo de las ciencias sociales. Reflexionemos acerca de su estatuto como saber social admitido. Pongamos en evidencia los efectos que genera.

Interrogar la alocución del desarrollo no es urgar en la validez teórica o práctica de aquellas elaboraciones que poblaron la ideología del Estado en los años 60' y que pronto fueron identificadas como "desarrollistas". Tampoco es investigar sus

modalidades más contemporáneas, las que bajo los enunciados del "ajuste estructural", de los "nuevos modelos", del "crecimiento con equidad", colonizan hoy en día el pensamiento de los especialistas.

Lo que busca la reflexión que aquí se recoge es situarse epistemológicamente "en otra parte" y no en la referencia logocéntrica del desarrollo. Para alcanzar estos fines, sería necesario traer al habla, lo no-dicho de sus textos canónicos; aislar las argumentaciones institucionales que dan cuenta de su pretendida razón trascendental y suficiente, manifestada en las prácticas de planes, programas y proyectos; detectar las legitimidades conferidas por el sentido común al llamado "esfuerzo de desarrollo", que no se perciben como dispositivos forjados, sino que encontrarían fundamento "natural" en la satisfacción que aportarían a las necesidades de los "pobres".

Se requiere poner en evidencia los mecanismos estratégicos que sustentan el habla del desarrollo, mostrando cómo

3 John L. Austin (1911-1960) distinguió tres tipos de actos involucrados en el hecho de decir algo:

- El locutorio, que describe la mera emisión de palabras;

- El ilocutorio, que remite al acto realizado al decir algo: prometer, ordenar, afirmar, etc., y que está en relación con la fuerza ilocutiva que posee el lenguaje.

- Lo perlocutivo, aquel acto que llevamos a cabo porque se dice algo, efectos que se generan en un auditor porque el locutor dijo algo: se alegró, se entristeció, etc.

Ver AUSTIN, J. L.: *Cómo hacer cosas con palabras*, Paidós, Barcelona, 1982. SEARLE, John: *Actos de habla*, Cátedra, Madrid, 1980. Se puede consultar también ACERO, Juan y otros: *Introducción a la filosofía del lenguaje*, Cátedra, Madrid, 1982.

4 "Llamamos discurso (...) a ese orden simbólico que permite a todos los miembros que fueron socializados bajo su autoridad hablar y obrar juntos", FRANK, Manfred: "Sobre el concepto de discurso en Foucault", in VV. AA.: *Michel Foucault, Filósofo*. Gedisa, Barcelona, 1990. Pág. 113.

construye sus objetos; sobre qué presupuestos, disposiciones y aparatos teóricos se rige; cómo se establece el estatuto de su legitimidad y validez; de qué forma se vincula con otras prácticas sociales, discursivas y extra discursivas (institucionales, de control, de exclusión, de rechazo), para producir "efectos de realidad" comprometidos con posiciones de poder y sin relación alguna con aquello tras lo cual se enmascara: las inagotables necesidades de los "beneficiarios" del desarrollo.

En fin, habría que inscribir la presente reflexión en el programa metodológico de una "arqueología del discurso del desarrollo" y de allí proceder a levantar sus capas significantes. Pero este es un proyecto de largo aliento y aquí apenas se intenta su esbozo.

EL ESTATUTO DISCURSIVO DEL DESARROLLO Y SUS OBJETOS

Como "discurso del desarrollo" propongo entender un régimen de enunciación y unas "condiciones (políticas) de posibilidad" de los objetos (históricos) que éste construye: la "pobreza", el "subdesarrollo 5". En cuanto nombra sus objetos, dicho régimen hace posible percibirlos, describirlos, expresarlos, clasificarlos y en suma, conocerlos. Son los enunciados que elabo-

ran tal discurso los que permiten organizar un campo unitario en la experiencia, no su existencia positiva: bajo sus índices habrán de reconocerse desde ahora una serie de rasgos que ninguna naturaleza obligaría a relacionar entre si y menos a percibir como orgánicamente vinculados.

Se trata de un discurso-patrón, en el doble sentido de enunciación estándar y de "discurso del amo", que marca los límites de lo que se puede decir y reconocer como válido en torno a la "pobreza social", separándolo fuertemente de aquello no autorizado y desviado de la norma que impone, como puede ser el rechazo al desarrollo, el cuestionamiento al "progreso", la reivindicación de las diferencias en los sistemas de vida y producción, las demandas por cultura contra la acumulación, los reclamos ecológicos, etc...

Las maniobras que moviliza la "política del discurso del desarrollo" para invalidar estos pronunciamientos, la lleva a denostarlos como "irrealistas", "utópicos" o "carentes de operacionalidad", calificativos con los que afianza su monólogo, denegando valor a cualquier otra explicación que no sea la suya. Sin embargo, nada garantiza que no sea el propio desarrollo algo más que otro discurso totalitario y una ilusión de época.

5 "a fictitious construct", como lo ha denominado Arturo ESCOBAR, del Latin American Program de la Universidad de California en Santa Cruz, en el artículo "Power and Visibility: Development and the Invention and Management of the Third World", que resume su tesis sustentada en la Universidad de Berkeley.

La enunciación del desarrollo no es meramente coextensiva a la del discurso económico, aunque por lo general privilegie sus objetos.

De hecho, su campo temático es tan solo una región delimitada de la indagación de la Economía, pero aún en dicha parcialidad es todavía posible aislar aquellas formulaciones por cuyo efecto han tenido lugar positivamente tales como "pobreza", "marginalidad", "subdesarrollo", o si se quiere más, "Tercer Mundo".

En tanto discurso-tipo, se diría que sus rasgos de estilo y contenido lo identifican como una versión tecnócrata del discurso económico, que incorpora tan solo tangencialmente consideraciones sociológicas o antropológicas en su entendimiento de los procesos sociales. Por eso los economistas son los expertos del desarrollo por excelencia, los portavoces por antonomasia de su discurso.

Los expertos se presentan como los portadores de una técnica que se quiere no comprometida con ideología ni subjetividad alguna. A ello ha contribuido la amplia utilización de las matemáticas y la estadística como recurso de formulación de los enunciados con que operan, que le confiere una envoltura de precisión y objetividad a su discurso, a más de un aspecto de "cientificidad" y rigor. Al mismo

tiempo, esto le otorga una imagen social de alta legitimidad, que produce su propio efecto de sentido, aún cuando no tiene nada que ver con la potencia de los métodos y las técnicas usadas, ni con el valor epistemológico de las categorías que construyen el discurso tecnocrático. En fin, el lenguaje de los expertos sería una transparencia perfecta del mundo social, sin función "performativa" de él (en términos de Austin), fiel espejo de las realidades exteriores.

Aparentemente la "verdad" del desarrollo no es cultural ⁶, es decir, no es simbólicamente construída y, por tanto, no pertenece al orden del lenguaje; es "natural", pues está allí, según se dice, en el orden empírico de lo que se ve, se toca con los dedos y hasta se mide con escalas instrumentales. La "pobreza" sería entonces la realidad tangible de la vida de muchos grupos humanos en países como el nuestro, término absoluto y no función relativa a la "abundancia material", que es la forma física e histórica de la riqueza de las naciones y sociedades occidentales.

Fundamentalmente son los "proyectos de desarrollo" el marco de "racionalidad formal" (Weber) en que se articulan las técnicas de operación que usan los expertos. Los proyectos son ante todo dispositivos técnico-conceptuales que prestan

⁶ "La verdad designa el conjunto de las producciones que se realizan en el interior de un dispositivo". DELEUZE, Gilles, op. cit.. P. 161.

determinados rasgos a la "realidad" del problema que construyen y que pretenden atacar, a la vez que opacan y soslayan otras características porque caen fuera de su captación teórica y perceptiva. Esta red implícita de sentido es el verdadero "modelo de intervención" que proponen los proyectos, no la serie de sus recetas técnicas. Toda la parafernalia de complemento: sistemas de evaluación, monitoreo, gestión financiera, etc., no son otra cosa que desprendimientos funcionales que conducen necesariamente a confirmar sus términos de diseño. Es por eso que hay algo de tautológico en querer evaluar los impactos que los proyectos generan, pues dichas incidencias están en cierta manera prefijadas en los términos con que éstos se elaboran, son su "final cerrado". Otras consecuencias acarreadas por su aplicación, que podrían ser mucho más importantes tanto desde el punto de vista cualitativo como cuantitativo, simplemente no pueden ser captadas, porque están más allá del foco conceptual que delimita sus alcances teóricos y prácticos.

La importancia de los proyectos como generadores de "realidades problemáticas" y su carácter decisivo para el total de las prácticas del desarrollo, se muestra en el cuidado que ponen los especialistas al elaborarlos, lo que ha dado lugar a que se produzcan numerosos manuales y guías para su "correcta" formulación 7.

En su afán de custodiar celosamente estas claves, las agencias multilaterales de cooperación para el desarrollo, destacan a sus funcionarios a los países en donde van a realizar proyectos, para que éstos los diseñen según las normas imperativas de su organismo. Por parte del BID y del Banco Mundial, por ejemplo, entre una misión y otra de sus expertos se acostumbra asignar tareas detalladas a los organismos y funcionarios nacionales de contraparte en un proyecto, responsabilidades que se estipulan en las "Ayudas Memorias" que entregan las misiones al momento de dejar el país. Cada misión próxima se encargará de vigilar el cumplimiento de las tareas anteriormente asignadas y así sucesivamente.

Por lo general, esos documentos sui generis que constituyen las "Ayudas Memorias", son firmados por los Ministros de Estado correspondientes al receptorlos y son en los hechos compromisos de obediencia contraídos por el país, aunque no los ampare ninguna base legal. El alcance de las "recomendaciones" que proponen podría llegar tan lejos como a sugerir la modificación de leyes internas del país, inclusive de la Constitución de la República, como sucedió en Brasil hace muy poco.

En Ecuador, por presión del Banco Interamericano de Desarrollo y el Banco Mundial fue suprimido en 1990 el an-

7 Nadie puede sostener que son los proyectos la forma única de intervenir sobre las condiciones de vida un grupo; tampoco se ha probado que sea la más efectiva.

tiguo Fondo Nacional de Participación -que distribuía rentas a los Municipios del país- y se lo suplantó por el FODESEC (Fondo de Desarrollo Seccional), que según los Municipios ecuatorianos prácticamente redujo en cuarenta por ciento los fondos que antes recibían. Esa fue la consecuencia directa de la vigilancia del nuevo mecanismo, pues desde entonces los organismos seccionales se han visto supeditados a elaborar proyectos con rígidas especificaciones técnicas (las del BID y el BM) para poder recibir créditos con cargo al Programa de Desarrollo Municipal del gobierno. La idea, diseño y financiamiento de este programa correspondió a las dos agencias internacionales asociadas y se realizó bajo la filosofía del "ajuste sectorial"; la ejecución financiera la asumió el Banco Ecuatoriano de Desarrollo, BEDE. Obviamente, Municipios de escasa competencia técnica como son la mayoría en el país, no han podido sujetarse a los marcos estrictos que imponen estos organismos multilaterales vía su contraparte ecuatoriana.

Pero se podría pensar que existe una razón técnica para proceder de la forma que ha sido descrita. No es así. La razón de este *modus operandi* está en el ceñido manejo conceptual y operacional que los expertos requieren guardar sobre los proyectos, porque por su mediación se desplegará su poder y se ejercerá control estricto sobre las acciones independientes que pudieran desplegar sus "favorecidos beneficiarios". Para penalizar este

tipo de iniciativas se han previsto fórmulas que aluden al "desvío de recursos", a la "ejecución no programada", etc., que con frecuencia se saldan por la suspensión del proyecto o por su "reprogramación", que es una manera eufemística de nombrar la actualización y reforzamiento de los mecanismos de control.

Para cimentar la aparente positividad de su objeto, el discurso del desarrollo acude al uso estratégico de la noción de "necesidad", con la cual pretende asentar sus planteamientos en el sustrato natural del ser humano, equiparándolos con los enunciados de las ciencias físicas o biológicas. El dispositivo conceptual complementario, que plantea la escasez de los recursos necesarios para satisfacer dichas necesidades, cierra hábilmente el nudo epistemológico de su discurso.

El significado biológico de las "necesidades" para la vida del hombre es el dispositivo angular de la explicación del desarrollo. Su lógica básica establece a manera de axioma que la búsqueda incesante de su satisfacción son el desiderátum del comportamiento social, su *a-priori*.

En la teoría antropológica, el concepto de "necesidad" fue puesto en primer plano por el funcionalismo de Bronislaw Malinowsky, quien propuso considerar las manifestaciones de vida y cultura de los grupos "primitivos" como funciones

adaptativas tendientes a satisfacer necesidades básicas, biológicas determinadas 8.

De este postulado original se han desprendido los truismos sociológicos que hoy copan el habla del desarrollo, salvo que aquí la imagen del "subdesarrollado-presa-de-sus-necesidades" reemplaza a la del paupérrimo "salvaje" del funcionalismo malinowskyano.

Pero las "necesidades básicas" no son de ningún modo el terminus ad quem de la condición humana; plantear lo contrario -como lo sostiene groseramente el discurso del desarrollo- es equiparar al hombre con un mono selvático, que también tienen sus "necesidades primarias", determinadas por los instintos y la biología de su especie. El concepto es falaz, pues obvia lo que hay de antropológico e histórico en los requerimientos humanos.

Es sabio que muchas necesidades humanas pretendidamente "naturales", resultan ser condiciones impuestas por grupos de poder, que producen codificaciones del tipo modas, estilos de vida o parámetros de consumo, validándolas como "necesidades sociales imprescindibles de satisfacer".

8 "El concepto de necesidades elementales se define como el conjunto de las condiciones biológicas y las condiciones de situación cuya satisfacción es necesaria a la supervivencia del individuo y a la del grupo". MALINOWSKY, Bronislaw: *Une théorie scientifique de la culture*, Maspero, París, 1967. P.66-67. La primera edición de esta obra data de 1944.

9 Es sin embargo perfectamente arbitrario plantear que toda sociedad reconozca la medida de su felicidad en la longevidad de sus miembros, en su nivel de educación y en la "decencia" (?) de sus vidas. Véase, PNUD: *Desarrollo Humano - Informe 1990*, Tercer Mundo editores, Bogotá, 1990.

Organismos internacionales como la ONU también promocionan sus propios esquemas de necesidades y formas de satisfacción, como el que está implícito en el llamado "enfoque del desarrollo humano", que privilegia la "esperanza de vida", el "acceso a la educación" y el "disfrute de un nivel de vida decente" -sic-, como índices supuestamente universales de bienestar social 9.

Entre la necesidad y la demanda de los grupos existe un hiato, determinado por la ubicación simbólica de la demanda respecto a la carencia biológica, que ésta no puede traducir término a término por cuanto ambos órdenes son heterogéneos entre sí. Podemos entonces entender, por ejemplo, que si bien la fisiología orgánica de los seres humanos requiere líquidos para su funcionamiento, será la demanda cultural de los franceses la que determine que dicho requerimiento habrá de satisfacerse con agua de Vichy, como los alemanes lo harán con cerveza y otros con "la chispa de la vida": Coca Cola. Es esta configuración simbólica de la necesidad lo importante; por ella se reubicar las necesidades, pasando del plano natural al orden de la cultura: eso es lo que expresa la demanda.

El concepto de demanda es ampliamente usado en Economía, pero en ese contexto teórico su sentido se restringe a explicar las transacciones efectivas en moneda que se realizan en el mercado de un bien, sea que se considere una transacción individual o agregados diversos. Aún así entendida, la demanda es todavía una expresión simbólica (es decir, en dinero) del valor de un bien para un consumidor, no el índice monetizado de la necesidad del demandante.

Si el monólogo del desarrollo sobre la pobreza se formulara en base a las demandas de los grupos y no a las necesidades que éste les atribuye, estaría incorporando en la discursividad social legítima, el habla de estos sujetos; pero entonces, el desarrollo dejaría de ser ventrílocuo y sus términos pasarían a ser una resonancia más en la caja de voces que es la sociedad.

Hoy el discurso del desarrollo "funciona" porque hay un poder que lo impone, una discursividad que lo promulga y una institucionalidad que lo sostiene. Estos mecanismos lo sustentan. Si uno de ellos fallara, el estatuto de su legitimidad se derrumbaría.

10 En Aristóteles y en la retórica medieval, un "topos" (en plural "topoi") designaba un lugar común argumentativo, ciertas ideas y razonamientos estereotipados que un orador podía utilizar en función de la dirección de su discurso sin tener que demostrar su validez: un "passe-partout", un término comodín. El lingüista Oswald Ducrot señala que el rol de un "topos" en el discurso es asegurar el paso de un argumento a una conclusión, pero su valor semántico, propiamente, sería nulo. Ver: BARTHES, Roland: *L'aventure sémiologique*, Seuil, París 1985 y DUCROT, Oswald: *Polifonía y argumentación*, Universidad del Valle, Cali 1988.

La idea de desarrollo es central en la "epísteme" que preside la explicación sociológica de los expertos. La multiplicidad de objetos que se piensan bajo su óptica conforman un montón heteróclito, en el que se cuentan por igual los individuos, las sociedades, la producción, la historia, etc.

Por el sentido del "desarrollo" se estaría expresando una condición de la existencia misma de estos objetos, de modo que fuera de sus límites conceptuales no habría como entender su historia, describir sus procesos, explicar sus cambios. Particularmente, ¿en qué esquema racionalizador se podrían inscribir las dinámicas de la acción social si no se pensarán a través de él?

Semánticamente el término está ligado a progreso, evolución, proceso, avance, historia, bienestar y hasta civilización. En el eje de sus correlatos opositivos podríamos situar atraso, estancamiento, marginación, barbarie, etc.

Pero, ¿a qué refiere exactamente el desarrollo?.

En primer lugar -aunque de manera no siempre declarada-, a un tipo y a un volumen de producción y consumo de bienes materiales, que se postulan como signos distintivos de las sociedades modernas. Con ellos se promueven al mismo tiempo un determinado modelo de sociedad, legitimaciones sociales específicas y aparatos de mediación política particulares. Aquí se alínean: el capitalismo, sistema considerado idóneo para estimular la producción y llevar bienestar a la población; por consiguiente, la empresa privada y la moral del lucro; y, por último, la democracia liberal-parlamentaria.

Estas "peticiones de principio" no se revelan abiertamente. Más bien se enmascaran en racionalizaciones que sostienen su "superioridad intrínseca" respecto a lo que puede ofrecer cualquier otro tipo de sociedad y de organización productiva o política 11.

Los especialistas han postulado diferencias significativas entre el crecimiento económico y el desarrollo propiamente

dicho, pero más que frutos analíticos tangibles, sus reflexiones parecen tan solo haber alimentado la especulación teórica, porque de ellas no han surgido líneas claras que nos permitan precisar qué es el desarrollo. Montos de inversión pública y privada, ahorro interno, producto bruto, ingreso per capita, consumo de energía fósil por habitante, dimensión del sector primario versus tamaño del secundario y el terciario, etc., son índices que han sido propuestos para medir el desarrollo, sin que por lo tanto se establezca consenso sobre aquello de lo que trata.

Por su inasible sentido, el término "desarrollo" no parece prestarse a una delimitación epistemológica clara; más que un concepto analítico, se trataría de una "noción" que designa de manera aproximada un objeto teórico.

En el discurso, el término parece tener la función de nexos que hace posible enlazar eslabón tras eslabón las frases, lo cual permite al discurso concreto articularse y progresar en determinada dirección; sin embargo, su rol principal allí se revela mucho más argumentativo que funcional o descriptivo, puesto que lo que buscaría no es referir determinadas

11 Es lo que sostiene, aunque sin sutilezas, las tesis de Francis Fukuyama - basadas en las lecturas de Hegel hechas por Kojève -, con las que quisiera probar que con el derrumbe del "socialismo real" y la recomposición de la hegemonía del capitalismo, la humanidad asiste al "fin de la Historia", al "último paso de la evolución ideológica de la humanidad y de la universalización de la democracia liberal-occidental, como forma final de gobierno humano". Ver: FUKUYAMA, Francis: ¿El fin de la Historia?, publicado en suplemento por el diario argentino Página 12, Buenos Aires, 1 de Julio de 1990, texto que reproduce una conferencia dada por el autor en la Universidad John Olin de Chicago. También KOJEVE, Alexander: Introduction á la lecture de Hegel, Gallimard, Paris, 1968.

propiedades del objeto que nombra, sino vincular la enunciación específica en la que se realiza con el sentido de otros discursos, en los que la palabra "desarrollo" está revestida de connotaciones positivas y legitimadas.

Podemos ilustrar cómo opera esta función argumentativa analizando parte del reciente discurso del Presidente ecuatoriano en la ONU a propósito del conato de enfrentamiento bélico habido entre Ecuador y Perú. En ese foro internacional el Presidente instó al país vecino a desarmarse y se comprometió a hacer lo mismo con el Ecuador, para detener la posibilidad de guerra y disponer así de mayores recursos destinados a "impulsar el desarrollo económico y social de nuestros pueblos".

¿Era evidente por sí mismo lo que el Presidente quiso decir al mencionar el tópico del desarrollo en ese foro? ¿Se puede presumir que todos los auditores asignaron iguales referencias a lo escuchado? Al parecer el presidente habló asumiendo un significado compartido con sus destinatarios diplomáticos y con los pueblos del Ecuador y Perú, a quienes también estaba dirigido su mensaje. Pero si se analiza el uso efectivo del término "desarrollo" en el contexto de enunciación del Presidente de la República y en

la perspectiva de las consecuencias que su discurso perseguía generar, se encontrará que el efecto al que apuntaba era otro.

El objetivo de su utilización en dicha circunstancia de habla era validar la buena intención del Ecuador en el conflicto con el Perú, atestada por la declaración presidencial que proponía trocar el diferendo por desarrollo..., algo que se entiende bueno por sí mismo y que el Presidente no necesitaba probar ni definir. Y eso no solo por los propios deméritos de la guerra, sino ante todo por los méritos generalmente acordados al desarrollo 12.

Se demuestra entonces que el empleo de la palabra "desarrollo" en el discurso es ante todo argumentativo, es decir, persigue hacer derivar el sentido de la enunciación hacia valorizaciones y calificativos legitimados, que se toman como hechos incontrovertibles. El fenómeno corresponde a lo que en retórica se denomina "delocutividad" o "derivación delocutiva" (DUCROT, Oswald: Op. cit.) y revela que el término interrogado no es simplemente descriptivo de las condiciones sociales y económicas de determinadas sociedades, como aparenta serlo; se trata más bien de un postulado, de una argumentación en sentido pleno.

12 Considerando pragmáticamente, el "discurso del desarrollo" muestra sus efectos en la acción que ejerce tanto sobre quien enuncia, como sobre sus destinatarios: a unos y otros los induce en determinada dirección perceptiva, comprensiva y práctica. Mientras que unos quedan constituidos como sus sujetos agentes, a los otros se les asigna el lugar receptor, supuesta fuente de demanda de tal discurso.

La doxa pública lo ha acogido sin restricción alguna y hoy es uno de sus "topoi" favoritos. Medios de comunicación, sindicatos, partidos políticos, organizaciones campesinas y movimientos sociales de todo tipo, reclaman por él, sin contar que el Estado tuviera poco que decir si el término desapareciera de su discurso.

Para el imaginario colectivo el desarrollo es la gran panacea, sin que por esto acierte con una definición que revele lo que significa. Es su sueño de opio, un paraíso artificial, la imagen holográfica del deseo colmado, una especie de fantástica "Invención de Morel" económica; en fin, una elaboración ilusoria que atrae las conciencias optimistas hacia la luz brillante de los días mejores que nos promete.

EL OTRO ROSTRO DEL DESARROLLO

El habla del desarrollo no es una aséptica disertación "técnica" acerca del proceso económico, la naturaleza del subdesarrollo o la condición social de los "pobres". Más que eso, las categorías y conceptos con que esta se construye nos proponen una racionalidad de contornos específicos, esto es, tanto una manera de comprender el mundo y a nosotros mismos, "subdesarrollados", como una forma de mostrarnos frente a otros, como sociedades modernas.

Los grupos de "pobres" y "tercermundistas" son hoy el equivalente de lo que en

siglos de expansión del colonialismo, fueron los "primitivos" y "salvajes", en quienes a duras penas se reconocía la condición de seres humanos.

La imagen del "subdesarrollado" macrocefálico, desnutrido y parasitado se perfila en el entresijo de los términos que construyen el discurso del desarrollo, que promueve a la existencia su figura por simple artificio de lenguaje. Con este material las sociedades subdesarrolladas han construido su autorepresentación, quedando ipso facto atrapadas en una alineación constitutiva, por cuanto no existen sino en y por el lenguaje del "otro", con el que se nombran.

Este discurso por el que el "subdesarrollado" se reconoce y en el que se construye su identidad, está plagado de la normatividad derivada de los valores y patrones que conlleva, de las propuestas de sistemas de sociedad que acarrea, de la adscripción a procesos históricos que induce, referidos siempre a contextos exógenos. Con ello el "subdesarrollado" queda tachado en su condición de ser social, histórico y de cultura, y se convierte en imagen caricaturesca que se mira arrobada en el espejo narcicista del desarrollo.

El lugar desde donde éste habla es el de los países en donde la "civilización material" (Braudel) se ha desplegado por todos los ámbitos de la vida social, de modo que ella es la forma general de vida de la sociedad. Esta no es sin embargo la condición predominante en otros contextos

sociales, en los que el capitalismo comparte el trabajo y la producción con formas económicas campesinas, comunitarias, etnoculturales, etc., que tradicionalmente no se han regido por la lógica de la acumulación. Frente a ellas, el desarrollo es una circunstancia externa, aunque por la posición dominante en que ha logrado situarse, supedita todas sus posibilidades futuras de sobrevivencia.

Existen evidencias fehacientes de que estas poblaciones se han vuelto "pobres" por efecto directo del desarrollo, que ha pulverizado sus nexos de cohesión y alterado sus racionalidades de reproducción social y económica. Como consecuencia de la supeditación a la producción mercantil, el equilibrio orgánico de estas comunidades con su entorno natural y cultural se ha roto y hoy muchos de sus miembros están enfermos o se han vuelto mendigos en las ciudades.

La posición egocéntrica en que se sitúa el desarrollo al considerar sujetos histórica y culturalmente disímiles, lo induce a anular sus diferencias y a buscar en estas sociedades los valores que son los propios del desarrollo, como si estos fueran universales o constitutivos de la "naturalidad humana". Así, es característico que

los especialistas concluyan que determinado grupo vive en la pobreza más abyecta, solo porque no responde a los parámetros con que se identifica la vida material y cultural de las sociedades de origen de los expertos 13.

Bajo esta concepción etnocentrista, han sido listadas las "necesidades básicas", "técnicamente formuladas", como si se tratara de tablas periódicas de elementos o taxonomías de especies naturales y no valores relativos a procesos históricos y culturales específicos.

En su autoreferencia, el desarrollo se asume como el que supuestamente "sabe" lo que son las necesidades del otro y lo que le es "conveniente"; invocando un supuesto "realismo" (del cual simula tener el secreto), está dispuesto a dictar los cursos próximos que el otro debe seguir para colmar sus carencias.

LA RITUALIDAD EN EL DISCURSO DEL DESARROLLO

Como lo ha señalado brillantemente Foucault, "en toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada, organizada y redistribuida por un cierto número de proce-

13 Sin embargo, Claude Lévi-Strauss señala que "entre los supuestos salvajes, la mortalidad infantil, por una parte, y la debida a las enfermedades infecciosas, por otra, -si uno se limita entendiéndose bien, a tribus exentas o contaminación exterior-, están lejos de ser tan grandes como se tendería a creer". LEVI-STRAUSS, Claude: Mirando a lo Lejos, Emecé, Buenos Aires, 1986. P. 31.

dimientos" (FOUCAULT, Michel: El orden del discurso, Tusquet, Barcelona, 1980).

En nuestra sociedad, son los "expertos" los sujetos designados para hablar del desarrollo, de acuerdo a un estatuto institucionalizado que confiere legitimidad a sus "actos de habla".

Entre los dispositivos sociales que consolidan dicho estatuto, habría que situar en alto lugar aquel que se realiza en foros, encuentros y reuniones especializadas, en que el poder de los especialistas se pone en escena con los rodajes de su "saber técnico": poder cuidadoso de no ser cínico, aunque tampoco inhibido de mostrarse.

Un foro de especialistas no es un andino mercado de intercambio de información especializada, en el que se hacen los balances del estado de las reflexiones, se evalúa la ejecución de acciones, se contrastan ópticas o se juntan experiencias dispersas. Su verdadera función está en otra parte, en el ámbito de la representación simbólica, en la profusa ritualidad que allí se despliega. Por eso en los cónclaves de expertos la comunicación tiende a tener un valor casi nulo, por lo menos si nos atenemos a lo que circula como contenidos semánticos de cuanto se dice: fórmulas cifradas y repetitivas, discursos sobrecodificados, sentidos esclerosados.

Ciertamente, la función de estos foros no es propiamente comunicacional. Es más

bien litúrgica: lo que importa es el hecho de que allí se reúnan quienes están autorizados a hablar en nombre del desarrollo, confirmándose en su estatuto los unos frente a los otros, no el contenido propositivo de lo que se diga.

En general, el lenguaje de esta pseudo comunicación es reificado y sin espesor, lo que demuestra que su función para los sujetos no es tanto el "decir", cuanto el "exhibirlos" ante la comunidad de expertos como sujetos constituídos por los mismos universos semánticos.

El despliegue de los encuentros tiene mucho de la "parada de cortejo" de un animal: aquí la comunicación no es lo más importante. De lo que se trata ante todo es de movilizar mecanismos sociales mediante señales apropiadas, tendientes a afianzar la hegemonía del discurso del desarrollo en el seno de la discursividad social, junto con el rol prefijado de los sujetos que son sus operadores.

Como en cualquier rito, las reuniones de expertos autorizados asignan a las palabras la función de escandir la representación ritual en la que estos participan y no, propiamente, la de transmitir mensajes. La interpelación imaginaria de los oficiantes del rito marca el "más allá" mítico en que se sitúa el desarrollo y señala el norte magnético que nos conduciría hacia él. Al exterior, los foros muestran quienes son los que socialmente pueden decir la "verdad" del desarrollo; hacia adentro, permiten a los especialis-

tas, sujetos al discurso compartido, al sentido común, identificarse unos con otros.

Los signos de esta "comunicación vacía" aparecen claros: casi siempre las conclusiones a las que llegan los seminarios de especialistas han sido previamente tomadas; las discusiones que se generan son muy localizadas y se mantienen en un marco discursivo estrecho, definido de antemano; en el nombre de un supuesto "pragmatismo", los foros evacúan casi siempre toda discusión que se tilde de "académica" y constriñen a los participantes a fronteras semánticas y léxicas preestablecidas. Sin duda, los foros operan como mecanismos de legitimación del poder/saber que poseen las comunidades de expertos, en las que el propio objeto del desarrollo no entra en consideración mas que de manera tangencial, a modo de coartada de la comunicación.

La semiótica que se despliega en las intervenciones públicas de los "expertos", el uso del vestuario, los gestos y la utilización del cuerpo y voz, es hipercodificada: la "puesta en escena" de su gestualidad es monótona, medida, sin pasión: no trasluce compromisos existenciales; en una palabra, no es humana, está calcada de la acción de una máquina, de un preciso robot.

En la última instancia, lo que busca esta "disciplina del cuerpo", -esta "tecnología del gesto"-, es apuntalar límites cerrados de sentido en el discurso y para ello despliega una gestualidad acorde, en un

intento por vaciar de su densidad polisémica al lenguaje, tornándolo un artefacto moldeable, restándole posibilidad de decir y hacer entender más de lo que el hablante quisiera.

LA ENUNCIACION DEL DESARROLLO Y SUS APARATOS

El discurso del desarrollo ha investido plenamente múltiples aparatos institucionales, tanto del Estado como aquellos que representan a gremios urbanos y rurales, pasando por las llamadas "organizaciones no gubernamentales" (ONG's).

Estos aparatos de soporte son los canales por los que circula fluida la verdad interesada del desarrollo y desde donde se irradia a la sociedad entera. Sin el apoyo del brazo secular del poder y del estado-institución que ha generado la discursividad del desarrollo, no fuera posible que sus enunciados funcionen como verdad, es decir, como retícula elemental y común de sentido, estatuida por aquellos "saberes" mediante los cuales hemos venido a cifrar y descifrar nuestra galaxia social. Por su intermediación se plantean como evidentes determinados recortes y codificaciones hegemónicas (tipo "todo el mundo anhela la riqueza y el bienestar", "hay que buscar el progreso social"), que conducen a entender de cierta manera las prácticas sociales, al tiempo que se reprimen otras.

El Estado, en particular, sostiene como propia la enunciación del desarrollo. El

CONADE, por ejemplo, produce voluminosos Planes Cuatrianuales, Planes de Acción Anual y Planes de Inversión, que catalizan el imaginario social en torno al mítico tema del desarrollo.

Pero no son solo los sujetos de la enunciación del desarrollo los que han sucumbido ante la imposición de sus paradigmas. Aquellos que han padecido sus efectos perversos también se han tornado funcionales a su discursividad, al redefinirse como sus demandantes.

Campesinos y líderes barriales hablan hoy empleando los términos típicos del

saber tecnócrata, lo que revela su plena incorporación al registro discursivo del desarrollo, a partir del cual han venido a percibir e interpretar su propia experiencia social.

En este fenómeno se manifiesta un importante cambio acontecido en la discursividad propia de esos grupos. Por la sujeción discursiva en la que se encuentran frente a los términos de la alocución del desarrollo, éstos se han visto obligados a incorporarlos como estrategia comunicacional diseñada para captar al otro, al experto funcionario, y para ser tomado en consideración por aquél.

El arte de diferenciar

Diálogos con César Verduga

Ninfa León



FUNDACION GRUPO ESQUEL ECUADOR